

FERNANDO COHNEN

UN MUNDO EN LLAMAS

Una breve historia entre 1914 y 1945

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2020

Un mundo en llamas. Una breve historia entre 1914 y 1945
Fernando Cohnen

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Fernando Cohnen, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-253-0
Depósito legal: B. 15.977-2020
2020. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

1

Los antecedentes del apocalipsis

En los años dorados de la *belle époque*, París era la capital de las vanguardias. Sus galerías de arte y talleres de pintores, así como sus dos grandes salones, el de los Independientes y el de Otoño, eran los escaparates donde se exhibían las nuevas tendencias en la pintura. Por las calles de Montparnasse y Montmartre transitaban los vividores, artistas bohemios y viejos locos abducidos por el opio y la absenta. En ellas se asentaban las *brasseries*, como La Closerie des Lilas, donde comían pintores y músicos de vanguardia de desigual fortuna, entre ellos Erik Satie, que se ganaba la vida como pianista de cabaret, o su amigo Claude Debussy, cuyas composiciones triunfaban en la capital francesa. A principios de siglo, en la terraza de La Closerie, los parisinos también podían tropezarse con Paul Fort, «el Príncipe de los Poetas», jugando al ajedrez con Vladímir Ilich Uliánov, alias «Lenin», el político ruso que años después lideraría la Revolución de Octubre de 1917.

Fue en aquel período de la historia de Europa comprendido entre el final de la guerra franco-prusiana de 1871 y el estallido de la primera guerra mundial cuando aparecieron la energía eléctrica, la radio, el cinematógrafo, el teléfono automático, el automóvil y el avión. A estos inventos asombrosos se añadió el furor que causó la inauguración del Transiberiano, cuya construcción se inició en 1891. En aquel entonces, esa línea férrea que unía Moscú con Vladivostok fue considerada una de las maravillas del siglo XIX. Solo el hundimiento del *Titanic* en 1912 puso en solfa durante unos breves instantes la adoración que sentían nuestros antepasados por la ingeniería y los avances tecnológicos.

Si el alemán Gottlieb Wilhelm Daimler inventó el motor de combustión interna para coches en 1886, Louis Renault impulsó la gran industria francesa de la automoción nueve años más tarde. Al otro lado del Atlántico,

en 1903, Henry Ford fundó la empresa de automóviles que llevaba su apellido, y los hermanos Orville y Wilbur Wright comenzaron sus vuelos con motor. Siete años antes, Marconi patentó la telegrafía sin hilos por medio de las ondas eléctricas. Tras el invento de la lámpara de Edison, los sistemas de iluminación eléctricos se convirtieron en otro de los grandes logros tecnológicos de la época. El hombre había aprendido a iluminar sus ciudades, a volar como los pájaros y a enviar mensajes a países remotos que llegaban con prontitud a su destino. Ya nada volvería a ser igual.

Las exposiciones internacionales, una de las grandes novedades del siglo XIX, fueron posibles gracias al ferrocarril, que, a su vez, posibilitó el transporte de las piezas que se exponían en ellas y de los millones de personas que las visitaban. Hasta el estallido de la primera guerra mundial se organizaron varias, como la de París de 1889, en el arranque de la *belle époque*, cuando se inauguró la Torre Eiffel, una de las grandes obras de ingeniería del siglo XIX que pronto se convirtió en el símbolo de la capital francesa. Estas exhibiciones representaban el progreso de la humanidad, la paz mundial y la superioridad de la economía y tecnología europeas. Amberes, Barcelona, Chicago, San Luis, Bruselas, Filadelfia, Gante, Lieja, Melbourne, Milán y Viena fueron otras ciudades que albergaron estos festivales de la modernidad.

En aquella época, la capital austriaca era mucho más que sus vales y sus conciertos en el Salón Dorado del Musikverein. Sus cimientos culturales no solo descansaban en la obra monumental de Wolfgang Amadeus Mozart o en la de Richard Strauss. Viena era también la ciudad que reunió a diseñadores y pintores como Josef Hoffmann, Kolo Moser y Gustav Klimt y a arquitectos deslumbrantes, como Adolf Loos y Otto Wagner. También fue la ciudad en la que, en 1891, el neuropsiquiatra de origen judío Sigmund Freud se instaló en el número 19 de la calle Berggasse, donde estuvo trabajando hasta 1938, cuando los nazis le obligaron a huir del país. Los años finales del XIX fueron también los de Friedrich Nietzsche (1844-1900), cuya obra giraba en torno a la idea de que la vida es voluntad de poder y todo lo que se opone a ella es considerado nihilismo, moral de esclavos y decadencia.

Si hay una novela que marcó el arranque del siglo XX, esa fue *En busca del tiempo perdido*, en la que su autor, Marcel Proust, llevó a cabo una portentosa labor de introspección de su pasado, recobrando todo tipo de sensaciones, olores y sabores. Influido por el impresionismo y el simbolismo, Proust dominó el tiempo con una escritura lenta y compleja, alejada del crudo realismo de otros escritores del siglo XIX, como Émile Zola, que tuvo

un papel muy relevante en la revisión del proceso del oficial francés de origen judío Alfred Dreyfus, al que acusaron injustamente de traición, o el célebre autor de novelas de aventuras Julio Verne, que imaginó un viaje tripulado a la Luna y un gran submarino propulsado por una energía desconocida que era capaz de navegar a grandes profundidades. Con sus relatos visionarios, salpicados de sorprendentes avances tecnológicos, Verne dio las primeras puntadas a un nuevo género literario: la ciencia ficción.

En la Gran Bretaña del siglo XIX brillaron dos autores dotados de un talento especial para la descripción social. Si *Kim*, de Rudyard Kipling, desveló la pobreza de las clases más desfavorecidas del subcontinente indio, las obras de Charles Dickens describieron el ambiente de la capital británica en la época victoriana. Sus escarceos por las calles y por las viejas tabernas londinenses mostraban el lado oscuro de una ciudad en la que convivían la pobreza del East End con el lujo imperial de Mayfair o Belgravia, dos barrios salpicados de magníficas mansiones en cuyos salones se pavoneaba la alta burguesía londinense, aquella que se había enriquecido con la revolución industrial y el comercio con las colonias. En España, en 1873, Benito Pérez Galdós comenzó a publicar los *Episodios nacionales*, una crónica del siglo XIX que recogía la memoria histórica de sus compatriotas.

Fue en aquellos años cuando cristalizó el movimiento sufragista, una de cuyas variantes fueron las *suffragettes* británicas, que representaban el ala más radical, y cuya impulsora, Emmeline Pankhurst, inició una campaña en la que exigía la aprobación del voto femenino, un derecho que en los primeros años del siglo XX tan solo apoyaban el Partido Laborista en el Reino Unido y Finlandia, país este último que lo concedió en 1906. Ante la falta de respuesta de la clase política, las *suffragettes* lanzaron una convocatoria para invadir la Cámara de los Comunes, una iniciativa que reunió a más de cincuenta mil personas en 1908. Cinco años después, la activista Emily Davison se arrojó bajo el caballo del rey Jorge V en el Derby de Epsom y murió días después debido a las graves heridas que le produjo el brutal choque con el equino. Las imágenes de aquel suceso causaron un gran impacto en todo el mundo.

Sin embargo, tuvieron que pasar otros cinco años para que los políticos británicos movieran ficha. En febrero de 1918, las mujeres mayores de treinta años que poseían propiedades pudieron votar por primera vez en el Reino Unido. Una década después, el Parlamento británico aprobó el sufragio universal para todas las personas mayores de veintiún años. Las sufragistas francesas fracasarían en su empeño y tendrían que esperar hasta 1944 para ejercer su derecho al voto. Las españolas lo obtuvieron en las

elecciones del 19 de noviembre de 1933, pero lo perdieron en 1939 con la derrota de la Segunda República y el inicio de la dictadura franquista.

En los años previos al estallido de la primera guerra mundial, la nobleza ejercía un importante poder político y económico en Europa. A finales del siglo XIX, casi la mitad de los miembros del Consejo de Ministros en Gran Bretaña eran aristócratas, y en la Rusia zarista la élite del poder estaba basada en la nobleza terrateniente compuesta por poderosas dinastías, como los Dolgorukov o los Stróganov. Desde su llegada al trono imperial alemán en 1888 hasta su derrocamiento en 1918, el káiser Guillermo II nombró a centenares de nuevos aristócratas. El poder en el Viejo Continente estaba formado por una casta de nobles y burgueses ricos que tejieron una tupida red de influencia política a través de matrimonios concertados y cargos estratégicos en los consejos de administración de las principales empresas y entidades bancarias, cuyos centros de poder continentales estaban conectados con sus filiales en las colonias y con otros bancos y grupos empresariales estadounidenses.

A finales del siglo XIX, los restos del Imperio español se tambaleaban peligrosamente. La Corona ya solo mantenía el control sobre Cuba, Puerto Rico, Filipinas y algunas pequeñas islas en el océano Pacífico. Aquellos últimos enclaves coloniales se perdieron en 1898, el año del desastre. Todo comenzó con el Arancel Cánovas de 1891, que garantizaba el monopolio textil catalán y obligaba a Cuba a absorber sus excedentes de producción. A esto se añadió el incumplimiento de las reformas autonomistas que había prometido Antonio Maura, ministro de Ultramar del Gobierno español. Aquel cúmulo de despropósitos propició el levantamiento de los patriotas cubanos, que veían como un lastre el vínculo comercial que todavía mantenían con la Corona. La tambaleante economía española contribuyó a empeorar las cosas. El aislacionismo comercial y monetario frenó el crecimiento y retrajo la inversión extranjera en el país. La depreciación de la peseta alertó a los inversores extranjeros del riesgo-país que tenía España, que se acentuaría meses más tarde por el enorme gasto que iba a requerir la guerra si la metrópolis pretendía recuperar el control en Cuba y Filipinas.

La autorización para la insurrección armada llegó a la isla caribeña a finales de enero de 1895. La firmaba la Junta Revolucionaria de Nueva York, encabezada por José Martí, el carismático líder del independentismo cubano. Cuando el republicano William McKinley accedió a la presidencia de Estados Unidos en la primavera de 1897, se multiplicaron las presiones

de Washington para que Madrid claudicara en Cuba y Filipinas y dejara el terreno libre a las ambiciones coloniales de la Casa Blanca. Madrid sufrió las presiones de los independentistas cubanos y filipinos, así como las de los *lobbies* estadounidenses, deseosos de cobrar más protagonismo en el tablero geoestratégico mundial que en aquel entonces encabezaba el Reino Unido.

El 23 de abril de 1898, el líder guerrillero Emilio Aguinaldo declaró la independencia de Filipinas bajo el protectorado de Estados Unidos y, ocho días después, los modernos buques de guerra estadounidenses acabaron con la obsoleta flota española. La segunda gran derrota se produjo en Cuba, el 4 de junio de aquel fatídico año, cuando la armada española volvió a ser derrotada por la estadounidense. Cinco meses más tarde, los representantes de España y Estados Unidos suscribieron el tratado de paz en París, que para Madrid supuso la pérdida de Cuba, Puerto Rico, la isla de Guam y la mayor parte de Filipinas.

Miguel de Unamuno, Pío Baroja y Ramiro de Maeztu se unieron a una nueva corriente de pensamiento que, con el nombre de «regeneracionismo», intentaba buscar una solución ante lo que muchos ya denominaban «el problema de España». Posteriormente, Unamuno y Baroja se distanciaron de aquella corriente que encabezaba Joaquín Costa, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. El gran publicista del regeneracionismo fue Ricardo Macías Picavea, un escritor cántabro que señaló los males patrios: el caciquismo, el militarismo, el teocratismo y la vagancia. Macías Picavea clamó por la llegada de un hombre fuerte capaz de salvar a la patria de sus pecados, el antecedente del caudillo firme y resolutivo que buscarían tiempo después los prefascistas españoles.

Los imperios español, chino y otomano dejaron de ser considerados potencias por sus descalabros en los campos de batalla. A Rusia tampoco le fue muy bien, ya que fue derrotada en 1905 por Japón, sumiendo al Imperio zarista en una vorágine de graves crisis sociales. Viena no se recuperó del desastre de Sadowa (Königgrätz) de 1866, que propició el avance de la hegemonía prusiana en detrimento del Imperio austriaco, y Francia encajó muy mal el rapapolvo militar que le propinó Alemania en 1871. Por su parte, el Imperio británico siguió manteniendo sus enormes posesiones en medio mundo, pero no incrementó sustancialmente sus territorios, aunque su armada y su flota comercial seguían siendo poderosísimas. «En 1890 —recuerda Jürgen Osterhammel—, Gran Bretaña aún disponía de más tonelaje de barcos civiles que todo el resto del mundo junto.»¹ Este historiador alemán subraya que el siglo XIX fue también el siglo del continente europeo porque los demás se midieron con él.

Pese a todo, otras regiones del planeta se esforzaron para entablar competencia con Europa. En el período comprendido de 1815 a 1914, solo tres potencias vieron aumentar sin freno su influencia mundial y su poderío político y militar: Prusia-Alemania, Estados Unidos y Japón. El secreto del rapidísimo ascenso de Japón a potencia no solo tuvo que ver con su capacidad para desarrollar una industria competente y una flota de guerra tan avanzada que fue capaz de derrotar a la rusa en 1905, sino también con su determinación de poner en pie una importante marina mercante que en 1910 ya era la tercera del mundo, por detrás de la británica y la alemana. Esa flota le abrió las puertas al comercio internacional, cimentando los pilares de su incipiente industria.

Pero para lograr ese notable salto hacia delante, Japón tuvo que acabar antes con el poder de los samuráis, cuya máxima representación era el sogunato Tokugawa. En 1853, el comodoro estadounidense Matthew Perry atracó en la bahía de Tokio con cuatro buques de guerra. Se negó a levar anclas si antes no entregaba al sogún una carta del presidente de Estados Unidos en la que reivindicaba el derecho de su país a aprovisionarse y comerciar con Japón. La inesperada visita del buque estadounidense no solo fue el comienzo de la apertura de Japón al mundo occidental, sino también el principio del fin de un poder feudal que fue incapaz de asumir la corriente de modernidad que precisaba el país. En 1868, el sogún de Tokugawa fue destronado y el joven emperador Meiji pasó a ser la figura principal y el símbolo de unidad del país. Pero no todos se doblegaron. La obligación de devolver sus posesiones territoriales a cambio de pagarés del Estado y la prohibición de portar sus sagradas espadas provocaron la rebelión de los samuráis contra el nuevo emperador en 1877. «Ocultarse como una tortuga en su caparazón no es vivir. Un samurái debe tener valor heroico», señalaba el código del guerrero revisado por Tsunetomo.

El levantamiento lo encabezó Saigo Takamori, que para la ocasión reunió una tropa de guerreros cuyo objetivo primordial era liquidar la restauración Meiji. Los rebeldes se enfrentaron con sus corazas, espadas y lanzas al ejército del emperador, que portaba armamento moderno. Las ametralladoras y las bombas aniquilaron a cerca de veinte mil guerreros. Aquella matanza fue el crepúsculo de los samuráis y el comienzo de un Japón renovado, cuyos nuevos líderes embarcaron el país hacia la industrialización. Aunque la revolución acabó con el estilo de vida de los samuráis, algunos se convirtieron en figuras relevantes del nuevo Gobierno. En 1882, el guerrero Eiichi Shibusawa dirigió el Banco Nacional, creado años antes con el dinero que les fue concedido a un puñado de privilegiados samuráis de alto rango por las tierras que habían logrado conservar.

El santuario sintoísta de Yasukuni es uno de esos pocos oasis de silencio en la frenética Tokio del siglo *xxi*. Fue construido en 1869 para homenajear a todos los guerreros que murieron en la guerra que reinstauró el Gobierno imperial en Japón. La creación de ese templo fue una de las medidas que tomó el nuevo emperador Meiji para restaurar la estima de los propios japoneses y los valores del Imperio del Sol Naciente. En la década de 1930 se convertiría en el símbolo del respeto de la nación a unos soldados que iban a propiciar la expansión territorial japonesa en China y en el sureste asiático. A partir de 1945, Yasukuni iba a recordar también a los más de dos millones de militares nipones muertos durante la segunda guerra mundial.

Una vez acabó con los samuráis, el Gobierno Meiji puso en marcha un sistema parlamentario que fue aprovechado por la mafia japonesa, la Yakuza, para medrar en la política del país. Las bandas criminales utilizaron su dinero e influencia para lograr que gran número de votantes apoyasen la carrera de algunos políticos corruptos. A cambio, los líderes de la Yakuza pudieron llegar a acuerdos con los jefes de la policía para asegurarse la impunidad en sus turbios negocios. Al mismo tiempo que la democracia daba sus primeros pasos, el movimiento ultratradicionalista creció con la ayuda inestimable de la mafia. Sus jefes contribuyeron al auge del militarismo y a la expansión nipona en China, dos factores estratégicos que años después desembocarían en el ataque japonés a Pearl Harbor y en el avance de sus ejércitos por el sureste asiático.

A miles de kilómetros del archipiélago japonés, en la decadente Austria, la noche del 30 de enero de 1889, en el pabellón de caza Mayerling, el archiduque Rodolfo, único hijo varón del emperador Francisco José I y de Isabel de Baviera —más conocida por el sobrenombre de «Sissi»—, le disparó un tiro a la baronesa húngara María Vetsera, de diecisiete años, y luego se quitó la vida. La versión oficial decía que ambos jóvenes habían llegado a un pacto para suicidarse. Pero en la calle circularon todo tipo de rumores. Algunos afirmaron que el príncipe heredero había sido envenenado por los francmasones y otros señalaron que el joven fue asesinado por orden de su propio padre, el todopoderoso emperador.

La muerte de Rodolfo situó a Francisco Fernando, sobrino de Francisco José I, en la primera línea sucesoria al trono austrohúngaro. Desde ese momento, el joven pretendiente a la corona viajó por el mundo y comenzó a mantener una estrecha relación con el ejército. En 1894 fue ascendido a

mayor general y nombrado representante del emperador ante el alto Estado Mayor. El primer tropiezo de Francisco Fernando con la corte imperial se produjo cuando se enamoró de la condesa Sofía Chotek, que no pertenecía a una de las dinastías reinantes, razón por la que su tío Francisco José le comunicó que no podía casarse con ella. La intercesión del emperador alemán Guillermo II, del papa León XIII y del zar Nicolás II de Rusia ablandó al emperador, quien finalmente transigió con el matrimonio.

En su papel de sucesor al trono, Francisco Fernando trató de impulsar una reforma del Estado para convertirlo en una federación. Creía que el imperio no sobreviviría sin acometer urgentes reformas militares, administrativas y políticas. En 1908 se puso al frente de los ejércitos austriacos para actuar en el conflicto que estalló en la frontera con Serbia y que posteriormente salpicaría a todos los Balcanes. El 22 de septiembre de ese año, según el calendario juliano vigente en aquel momento (equivalente al 5 de octubre del calendario gregoriano), Bulgaria proclamó su independencia y, veinticuatro horas después, el Imperio austrohúngaro anunció la anexión de la provincia de Bosnia-Herzegovina. Con la ayuda de Alemania, Viena frenó el avance de Serbia hacia el mar Adriático. Pero en la complicada trama diplomática que se vivió aquellos días, el Imperio austrohúngaro se ganó un nuevo enemigo, Rusia. La frustración del zar, que no pudo cumplir su sueño de abrir los estrechos del mar de Mármara a su flota de guerra, y la rabia de Serbia, que no pudo integrar en su seno a la población serbia de Bosnia-Herzegovina, iban a contribuir al estallido de una catastrófica guerra mundial que se cobraría millones de muertos.

En los años finales del siglo XIX, Londres y París eran un hervidero de actividad económica y artística. Tras la eclosión del modernismo y del impresionismo, pintores como Van Gogh y Gauguin continuaron sus experimentos sobre el lienzo. En 1907, el malagueño Pablo Picasso pintó *Les demoiselles d'Avignon*, un cuadro que abrió las puertas al cubismo, una nueva dimensión del arte en la que también participaron el francés Georges Braque y el español Juan Gris. Fue en la primavera de 1911 cuando la prensa se hizo eco de las obras que exhibían un puñado de artistas en el Salón de los Independientes de París. Sus cuadros cubistas causaron el revuelo de la opinión pública y el desdén de gran parte de la crítica. Una vez más, la Ciudad de la Luz volvió a cumplir su papel de anfitriona de las vanguardias.

El reverso de la *belle époque* fue la situación de pobreza que vivieron los sectores más desfavorecidos de la población. Aunque las clases medias me-

joraron sus estándares de vida, el proletariado urbano trabajaba más de diez horas diarias y sobrevivía a duras penas con unos salarios muy bajos. Es cierto que el nivel de vida continuaba mejorando, pero gran parte de los europeos se enfrentaba a una existencia miserable. Millones de personas abandonaban su tierra natal para trasladarse a las grandes ciudades o para emigrar a Estados Unidos. En 1917, más de un millón de europeos cruzaron el Atlántico para llegar a la tierra de promisión, donde, según decían los más optimistas, todos podían labrarse un futuro desde cero. Poco después, Washington cerraría el grifo de la inmigración, lo que dejaría sin alternativas a millones de jóvenes que no tenían empleo en el Viejo Continente y cifraban sus esperanzas en América.

En ese contexto, los partidos políticos y los sindicatos obreros cobraron protagonismo, lo que provocó la inquietud de las clases dominantes. En 1889, los partidos socialistas europeos formaron la Segunda Internacional, una organización capaz de coordinar a los partidos nacionales que defendían las exigencias de la clase trabajadora. En 1914, las organizaciones sindicales del Reino Unido aglutinaban a unos cuatro millones de afiliados. En Alemania la cifra ascendía a más de dos millones y medio, y en Francia, a un millón. Los trabajadores comenzaban a organizarse ante la horrorizada mirada de los empresarios y las clases más favorecidas, quienes temían un posible estallido revolucionario.

De hecho, las oleadas de huelgas y la revolución rusa de 1905, que estuvo a punto de derrocar el régimen zarista, parecían confirmar esa inquietud. Mientras los movimientos obreros daban una nueva vuelta de tuerca a sus exigencias de cambio, los grupos terroristas afilaban sus armas para desestabilizar un sistema que dejaba en la marginalidad a gran parte de la población. El concepto «propaganda por el hecho» tuvo un papel destacado en las deliberaciones del Congreso Internacional Anarquista de 1881. Aunque en sus orígenes la propaganda por el hecho hacía referencia a manifestaciones, motines o alzamientos, este nuevo concepto pronto fue relacionado con el creciente número de atentados anarquistas que sufrieron monarcas y jefes de Estado europeos a finales del siglo XIX y principios del XX. El lema defendía la acción violenta en detrimento de los discursos y proclamas a favor de la revuelta, que según los líderes anarquistas más radicales apenas despertaban el instinto revolucionario del pueblo.

A partir de entonces se disparó el número de atentados. Entre otros, el que protagonizó Luigi Lucheni, en septiembre de 1898, cuando mató con un fino estilete a la emperatriz de Austria y reina consorte de Hungría, Isabel de Baviera, «Sissi». Su asesino se enroló en la caballería italiana en la

campana de Abisinia en 1896, pero, una vez fue desmovilizado, Lucheni volvió a su vida miserable. El ascenso social que esperaba por su participación en la guerra no llegó nunca, lo que alimentó su odio a las clases más favorecidas. Cuando el rey de Italia Humberto I sofocó una revuelta de obreros en Milán, Lucheni juró venganza. Desde entonces, ideó diversos atentados. Un día supo que Sissi iba a visitar Ginebra y fue entonces cuando planeó el atentado terrorista. Una vez logró asesinar a la emperatriz, fue apresado y condenado a cadena perpetua. Exigió que le aplicaran la condena a muerte, pero las autoridades judiciales no cedieron, ya que en Suiza estaba abolida. Lucheni se suicidó en la cárcel años después.

En el Congreso Internacional Anarquista de 1881 tuvo un papel preponderante el príncipe Kropotkin, hijo de un oficial ruso que se convirtió en uno de los principales ideólogos del movimiento anarquista. A pesar de su educación y filiación aristocrática, Kropotkin abandonó una brillante carrera como geógrafo y militar y abrazó la causa libertaria, postulando el advenimiento de una nueva sociedad sin coacciones, basada en la participación del individuo en una comunidad de producción que ofreciera a cada uno según su capacidad y según sus necesidades. Cuando se licenció en la academia militar, podía haber elegido cualquier rama del ejército, pero prefirió un puesto en un oscuro regimiento cosaco en un remoto rincón de Siberia. «En la primavera de 1864, y contra las normas militares, Kropotkin ya publicaba artículos en los que exponía la naturaleza despótica del Estado en la región y de la administración social en Siberia. Esos primeros textos proporcionaban descripciones sociales y geográficas de las duras condiciones de vida en aquel remoto puesto avanzado de la Rusia imperial», señala el escritor Jim Mac Laughlin.²

A miles de kilómetros de Europa, en la inmensa e impenetrable China, un pequeño mocoso estaba a punto de convertirse en emperador de un vasto imperio. «El 2 de diciembre de 1908, a los dos años y diez meses de edad, fui elevado al Trono del Dragón con el título de Xuantong. Era una ceremonia solemne... aunque en tal ocasión y por culpa de mis gritos y llantos tan poco imperiales, perdió parte de esa misma solemnidad», escribió Puyi en sus memorias. Gracias a los esfuerzos de su padre, que logró que se mantuviera quieto durante la entronización, el pequeño príncipe manchú recibió a los dignatarios civiles y militares en el Salón del Trono de la Ciudad Prohibida. Los cortesanos y los eunucos le expresaron su lealtad con las tres reverencias y las nueve genuflexiones de acatamiento.

Aunque se enfrentaban a la creciente disidencia de la población, los padres del emperador, como regentes del imperio, y los consejeros reales siguieron gobernando China con puño de hierro. Si los estudiantes, militares, campesinos y trabajadores urbanos exigían cambios políticos que condujeran a una reforma republicana, los militantes de la Alianza Revolucionaria, encabezada por el nacionalista Sun Yat-sen, soñaban con derribar a los Qing, la dinastía manchú que llevaba dos siglos y medio dirigiendo los destinos del país.

El 9 de octubre de 1911, los habitantes de Hankou escucharon la potente explosión de una bomba que manipulaban partidarios de la Alianza Revolucionaria. La policía que acudió al lugar del accidente descubrió listas de nombres que vinculaban a diversos militares con actividades antimonárquicas. Para evitar que su organización fuera desmantelada por las autoridades manchúes, los revolucionarios decidieron adelantar la revuelta que tenían pensado iniciar meses más tarde. El 10 de octubre, los soldados del 8.º Batallón de Ingenieros de Wuchang se apoderaron del arsenal de su cuartel y salieron armados a las calles para tomar la ciudad. Aquel levantamiento fue el inicio de la Revolución china.

La sublevación de otras ciudades y la derrota del ejército imperial en Nankín obligaron a los regentes a ceder el cargo de primer ministro a Yuan Shikai, considerado el hombre de confianza de las potencias extranjeras. Una vez consolidó su poder político, Yuan Shikai envió a la madre de Puyi un memorándum secreto en el que le imponía la fundación de una república en China. La emperatriz negoció un Tratado de Buena Voluntad, cuyo texto establecía que Puyi perdía el poder, aunque podía retener su título de emperador y continuar residiendo en la zona norte de la Ciudad Prohibida. Una vez conseguido el acuerdo, la madre de Puyi promulgó el edicto de abdicación del emperador, que firmó el 12 de febrero de 1912. De esta forma terminaron más de dos milenios de historia imperial.

Mientras el pequeño emperador proseguía su lujosa rutina en la Ciudad Prohibida, el nacionalista Sun Yat-sen ordenó que la Alianza Revolucionaria se transformara en el Kuomintang, nombre de un nuevo partido político democrático que ganó las primeras elecciones nacionales de China en 1913. Pero su permanencia en el poder fue efímera. El ambicioso Yuan Shikai movilizó a sus hombres para desalojar del gobierno al «Padre de la Patria». En marzo de 1925, Sun Yat-sen murió en Pekín a la edad de cincuenta y nueve años, legando a sus sucesores un testamento en el que los instaba a luchar por la unidad del pueblo chino.